

cribir una *Historia de Israel* tan poco tiempo después de los trabajos de Wellhausen, es penoso en sumo grado para el autor, porque parece como que se siguen los caminos abiertos por aquel, y porque, después de recorridos, las investigaciones parciales suministran muy poco material nuevo.

Queda todavía que mencionar cierto número de ensayos que se han hecho para exponer la historia de Israel en relación con la de los demás pueblos de la antigüedad. En Alemania lo ha hecho con éxito M. Duncker (1), como lo prueban las varias ediciones que de su obra se han sucedido rápidamente; pero como Duncker se ha atenido á las celebridades de la crítica del Antiguo Testamento, ha dado por base á su relato histórico puntos de vista que pudieron pasar por ciertos hace algunas décadas, pero que hoy hacen que sea inexacta en muchos conceptos su exposición histórica, falsa su apreciación del desenvolvimiento de la historia antigua y casi inservible su libro.

Una *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, que ha tenido dos ediciones, fué escrita por el egiptólogo francés G. Mas-

(1) «Historia de la Antigüedad.» La historia de Israel empieza á tratarse en el tomo segundo; quinta edición, Leipzig, 1878.

pero. Uno de sus colegas alemanes le ha glorificado en un prólogo á la edición alemana (2) y manifiesta «que es de alabar su método crítico de los relatos bíblicos, conforme á los modelos alemanes.» En realidad no se ve en parte alguna del libro la tal crítica. La aplicación que hace Maspero del Antiguo Testamento es totalmente anticientífica y con menosprecio de los más elementales preceptos de la crítica histórica y filológica.

Todavía peor y completamente inútil es la parte en que trata de Israel la *Histoire ancienne de l'Orient* por F. Lenormant, premiada por la Academia Francesa y de la cual se han publicado seis ediciones (también un arreglo alemán por M. Busch).

A lo que llega el que, sin previos estudios histórico-literarios, se dedica á investigaciones sobre la historia de Israel, lo demuestran de una manera aterradora, además de las obras francesas que acabamos de citar y de las investigaciones de J. Oppert (3), las fantasmagorías de V. Floigl (4).

(2) Según la segunda edición del original y con la colaboración del autor, traducida por R. Pietschmann. Leipzig, 1877.

(3) *Salomon et ses successeurs*, Paris.

(4) «Cronología de la Biblia, de Manethon y Beroso.» Leipzig, 1880.

PRIMERA PARTE

ISRAEL BAJO EL GOBIERNO DE LOS REYES

Ó SEA

HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL DESDE SUS PRIMEROS REYES HASTA LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALEN POR LOS BABILONIOS

LIBRO PRIMERO

FUENTES DE LA HISTORIA DE ISRAEL BAJO LA MONARQUÍA Y CRONOLOGÍA TRADICIONAL

CAPITULO PRIMERO

FUENTES

Consideraciones generales sobre las fuentes de este período.

Nuestras fuentes para narrar la historia de Israel en la época anterior al cautiverio se encuentran en su mayor parte en la colección de escrituras del Antiguo Testamento. Además de estas fuentes, ha de tomarse también naturalmente en consideración la literatura de los pueblos que suministran noticias acerca de este período. Algo, aunque poco, se encuentra en los historiadores griegos; pero está demasiado desparramado para que nos interese designar aquí detalladamente las obras en que se halla, como deberemos hacerlo con los escritos originales hebreos que contiene el Antiguo Testamento, con el objeto de enterar en lo posible al lector sobre la extensión de los que poseemos de este género. Por otra parte, la controversia entre los historiadores respecto del origen y de la significación de aquel material histórico no es muy viva, mientras que sucede justamente lo contrario respecto de las escrituras del Antiguo Testamento; y por lo mismo debemos tomar una posición muy firme en esta controversia por lo que atañe á estas últimas. En cambio nos bastará mencionar en conjunto y caracterizarlas según su valor las noticias escritas que conservamos de otros países respecto de la historia de Israel, sobre la cual, en cierto modo, arrojan alguna luz.

I. Escritos originarios del Antiguo Testamento sobre la historia de Israel en la época anterior al cautiverio.

La espontánea formación de la historia en un pueblo depende mediata, pero no únicamente, de hechos de guerra; y á éstos debe agregarse la existencia de condiciones políticas regulares. Mientras el pueblo no haya llegado á este primer grado de civilización, los relatos de sus proezas se conservarán en su seno en forma de cantos, condensándose luego en leyendas y mitos que se transmitirán verbalmente, llegando algunos á revestir la forma épica, pero no encontrarán un historiador. Su recuerdo se perderá en el pueblo (1) y más fá-

cilmente para la humanidad si no se produce una descripción histórica nacional; y la necesidad de ésta no se deja sentir sino con la existencia de un Estado político que surge tomando determinadas formas hacia el cumplimiento de un determinado fin histórico.

En Grecia precedieron los épicos y los logógrafos á los historiadores. Este fenómeno se reproduce, si no igual, muy parecidamente entre los antiguos hebreos, que se encontraban en el mismo grado de cultura que los antiguos griegos. Tienen también una mitología, esto es, una leyenda sobre la intervención de la divinidad en la historia de los hombres y en todas las cosas de la tierra en general; sobre las relaciones de ciertos hombres con Dios; sobre héroes y gigantes; sobre la aparición de la divinidad en determinados parajes, notándose en alguno de estos conceptos una sorprendente analogía entre las representaciones de los antiguos helenos y las de los hebreos. Pero éstos no adoraban á dioses sino á Dios, y no conocen, por lo mismo, historia alguna de los dioses. Toda su mitología ha quedado muy poco desarrollada relativamente á la de los antiguos helenos. Circunscrita la religión de Jehová á Israel, permaneció encerrada en estrechos límites, quedando, por lo tanto, interrumpido su libre desenvolvimiento. De ahí también que entre los antiguos hebreos no llegara á formarse una epopeya (2). Con todo, también entre ellos precedió á la descripción histórica la formación de las antiguas leyendas y mitos, conservándose restos muy importantes de esta mitología ó, si se prefiere, de esta logografía; pero en vez de la poesía épica de los antiguos griegos, se encuentran en los antiguos hebreos poesías sobre proezas aisladas del tiempo de los héroes. De esto, algo, aunque no mucho, ha sido transmitido por la descripción histórica; y, considerándolo bien, debemos reconocer que la carencia de lo épico ha sido aquí un beneficio no despreciable para el relato histórico.

con el imperio romano. Indudablemente estos recuerdos fueron transmitidos á otras generaciones en forma de cantos, pero no han llegado hasta nosotros porque entre aquellos combates y la constitución de un Estado nacional se interpusieron la cristianización del pueblo alemán y su parcial romanización.

(2) En nada se diferencian tan notablemente de los pueblos llamados indo-germánicos como en que entre ellos no se desarrolla la forma del pensamiento ni del escrito épicos, no pasando en esto de meros ensayos.

(1) Como los recuerdos de las tribus germánicas y de sus combates

Porque el material histórico que se transmite en forma épica se amalgama con ideas mitológicas durante el proceso de la transformación épica y se modifica, por lo mismo, en alto grado, enriqueciendo sus caracteres propios con otros extraños, y pasa á otras generaciones en forma tan imperfecta que, por lo general, no es posible distinguir despues lo que es tradicion histórica de lo que es transformación épica.

De esto se han librado los antiguos cantos de los hebreos sobre las hazañas de sus héroes: en la misma forma que las relató un poeta, fueron relatadas despues. Es natural que tales cantos transmitidos de viva voz, estuvieran irremisiblemente expuestos á alteraciones en el contenido y en la forma; pero estas alteraciones son insignificantes comparadas con el cambio radical que debió de sufrir el material histórico al convertirlo en asurto épico.

Los antiguos cantos de los hebreos de la época prehistórica constituyen por lo tanto una fuente histórica de mayor precio que las epopeyas de otros pueblos, fuente que hasta merece la preferencia sobre toda narracion histórica. Así nos ofrece el cántico de Débora la noticia mas antigua de un hecho guerrero de las tribus israelitas, cuyo monumento mas antiguo de estilo hebreo forma el capítulo 5.º del Libro de los Jueces. Podrán formularse dudas acerca del origen de este cántico (1); sin embargo, todos los rasgos del poema anuncian que debió de nacer bajo la impresion inmediata de la victoria que ensalza. Su gran antigüedad se trasluce tambien por los rasgos épicos que en él se encuentran (2), mientras que las poesías posteriores sobre sucesos parecidos tienen enteramente la forma de proverbios ó de cantares. Y así, merced á la feliz circunstancia de hallarse colocado este cántico en el Libro de los Jueces, nos encontramos mucho mejor informados acerca de un suceso ocurrido en tiempos anteriores á la época de los reyes, que respecto á toda la primera parte de esta época.

Por desgracia el cántico de Débora se encuentra completamente aislado, no solo por lo que hace á su antigüedad, sino tambien respecto de su contenido; sin embargo, se han conservado todavia algunos proverbios mas antiguos, como extractos de dos colecciones de antiguas poesías, que á la par que nos dan la medida de lo mucho que hemos perdido con la falta de estas colecciones, encierran aun diversos y valiosos recuerdos históricos. Estas dos colecciones de antiguas poesías hebreas se comprende que proceden de época en que ya se manifestaba la necesidad de una descripcion histórica y era vivo el interés que inspiraban los recuerdos del tiempo pasado. Con el hecho mismo de coleccionar aquellos antiguos cantares, se realizó un trabajo histórico-descriptivo de índole muy particular. Los restos que de él conservamos son desgraciadamente muy reducidos para formar un juicio seguro acerca de la extension de aquellas colecciones. Sin embargo, aun pueden fijarse los límites que no debemos traspasar en la suposicion de su antigüedad.

Una de estas colecciones se llamó «Libro del hombre recto» (hebr. *Sepher hajjaschar*). De él se ha conservado el versículo 13 del capítulo 10 de Josué:

«Y el sol se paró en medio del cielo,
Y no se apresuró á ponerse un dia entero.»

Podria hacerse derivar este versículo del libro del narrador efraímico (3), del que ya hablaremos en las páginas siguientes.

(1) Bleek: «Introduccion al Antiguo Testamento,» cuarta ed., páginas 187 y siguientes. Ya volveremos á tratar este punto mas adelante.

(2) Describe en la introduccion una aparicion de Dios, desde la montaña de Dios: las estrellas pelearon desde el cielo á favor de los israelitas. V., 20.

(3) Segun Hollenberg: *Estudios y Críticas*, 1874, pág. 497, procede

tes. Que proceda de Josué es poco probable, pues que esta coleccion, como ya veremos luego, es de origen judaíta. De la misma procede tambien la elegía de David sobre Jonatan y Saul, 2. Sam., 1, 19-27. La cita mas instructiva que de ella se hace, es, sin embargo, 1. Reyes, 8, 12 y 13 (4). Segun la reconstruccion de Wellhausen dice así:

«El sol en el cielo creó Jehova,
Mas para habitar en la oscuridad dijo él:
Edificame una casa, una casa para mi morada,
Para allí eternamente habitar.»

El haber tenido en ella cabida el pasaje de lo dicho por Salomon con motivo de la consagracion del templo (5), prueba que el libro es judaíta, seguramente escrito en Jerusalem y difícilmente antes de la division del reino de Israel.

La segunda de dichas colecciones lleva el nombre de «Libro de las guerras de Jehova» (hebr. *Sepher milchamot Jahwe*). De este libro cita el narrador efraímico los versículos, Números, 21, 14-17-18. Suponiendo que tambien el segundo cantar, Números, 21, 27-30, procede de la misma fuente, puede conjeturarse que este último libro de cantares es de origen efraímico y fué escrito solo despues de la division del reino, pues aquel cantar que el autor aplica erróneamente, lo mismo que los otros dos, á la conquista de la tierra moabita, situada al Norte de Arnom, por los israelitas conducidos por Moisés, se refiere mas bien á la conquista de este pedazo de tierra en tiempo de los reyes, quizás precisamente bajo el reinado de Omrí de Israel (por los años 900 antes de Cristo) (6).

Otra fuente para la descripcion histórica son las leyendas y los mitos, que se transmiten en un principio oralmente, teniendo mas realce sus variadas formas por este modo de transmision. Las leyendas se forman sobre cosas de interés característico nacional; de ahí que primeramente recaigan sobre lugares y organizaciones relacionados con la adoracion divina. La leyenda es casi siempre de abolengo sagrado ó está en uno ú otro modo amalgamada con elementos religiosos, y, por lo mismo, es el espejo mas fiel de las fases religiosas de un pueblo.

Las leyendas ligan siempre á determinados estados históricos otros estados ó situaciones, ya sea por medio de una conclusion retrospectiva de las circunstancias existentes acerca de su origen, ya sea mediante la transmision de un hecho acaecido en otros tiempos. Por lo general, ambos medios contribuyen á la formacion de la leyenda, como se desprende de las del pueblo de Israel sobre los patriarcas. Tales leyendas son, por los motivos indicados, casi siempre locales; relacionan, en un lugar cualquiera, con recuerdos sagrados y, por lo mismo, venerables para el pueblo, una tribu ó una familia; y cuando un pueblo se lleva de su patria antiguas leyendas á un país recientemente conquistado, acostumbra á localizarlas allí de nuevo, así como, en sentido inverso, sucede tambien que se apropia las de los aborígenes, unidas á determinados lugares.

mas bien del deuteronomista; segun Wellhausen, *Anuarios de Teología alemana*, 594, no es mas que una ampliacion. Este último incluye tambien en el cantar una parte del v. 13.

(4) Todavía estará en la memoria de todos la popularidad que adquirieron estos versos unos diez años atrás por el sacrificio dell' intelletto hecho en aras de la fe por un sacerdote muy digno, pero mal teólogo.

(5) En el texto masorético se ha suprimido la fórmula de la cita, que se conserva en los LXX. Allí está colocado el pasaje no antes sino despues de la oracion deuteronomística de Salomon, 8, 33. Bleek: *Introduccion al Antiguo Testamento*, pág. 236.

(6) Véase Meyer, «Crítica de las relaciones sobre la conquista de Palestina» en la «Revista de la ciencia del Antiguo Testamento,» 1881, páginas 129 y siguientes, y las observaciones del editor, pág. 146.

De lo que acabamos de exponer deducimos dos consecuencias. Primera: que las leyendas de los antiguos israelitas, juntas y aisladamente consideradas, son leyendas locales de determinados parajes sagrados. La leyenda de Abraham está, en efecto, ligada con el santuario de Hebron; la de Isaac con la fuente sagrada de Beerseba; la de Ismael con esta misma fuente y con la de Lajairvi; la de Jacob con la piedra sagrada de Bet-el. Segunda: que estas leyendas han estado sometidas á una constante reforma, bajo la presion de las sucesivas fases religiosas. Si una leyenda carece de elementos religiosos, se le introducen, y si los contiene, procedentes de conceptos religiosos mas antiguos que contradicen á otros posteriores, entonces se la transforma.

Precisamente en los santuarios de las comarcas es donde con especialidad se hace este trabajo, ó á lo menos se le reglamenta constantemente y se le comunican nuevos impulsos. Allí va cada uno á recobrar sus derechos y á consultar al oráculo; allí se congregan los hijos de la misma tribu, ya en familias aisladas, ya en numerosas asambleas con motivo de grandes fiestas para seguir las costumbres heredadas de sus mayores, envueltas en cierto misticismo por la leyenda. El santuario, con sus usos y recuerdos especiales, es la sede y la gloria de las familias que viven á su alrededor, y un objeto del mas principal interés, aunque muy á menudo van unidas las fiestas de los sacrificios con los mercados. Toda la comarca lo mira como su propiedad mas característica y preciada, y en él están vinculados la gloria y el honor de la comarca. Cada vez que el descendiente de la tribu de José unge la piedra de Bet-el, recuerda que el patriarca Jacob fué el primero que lo hizo, y que la aparicion de Dios le excitó á ejecutarlo; y relata estas cosas lo mismo cuando se dispone á emprender un viaje, que cuando regresa á su granja saturado de nuevas impresiones. El que sacrificaba en honor de Jehova en Dan ó en Silo, recordaba á Moisés; el que se colocaba bajo el terebinto en Hebron ó peregrinaba á la fuente sagrada de Beerseba, recordaba á los patriarcas Abraham é Isaac; el que sacrificaba en Ofra, recordaba á Jerubbaal. Así la leyenda obtenia del culto divino cotidiano del pueblo rasgos siempre nuevos, que no solo la protegían contra el olvido sino que constantemente la rejuvenecían y transformaban.

Ciertamente que estas transformaciones se hicieron mas de tarde en tarde tan luego como por medio de la escritura adquirieron las leyendas una fijeza de forma en cierto modo definitiva. Tambien esto debió de hacerse primero en los respectivos santuarios; allí se escribió la historia de los pueblos en honor y prez del propio santuario, como tambien allí se procuró primero ligar la leyenda sagrada, por múltiples lazos, pero con preferencia por medio de la leyenda genealógica, á las varias tribus que iban en peregrinacion á aquel lugar sagrado (1). Lo que se nos relata de Jacob y de Esaú, fundadores respectivamente de los pueblos de Israel y de Edom, puede haberse originado en el santuario de Beerseba, al cual peregrinaban, como si fuera suyo, tribus de ambos pueblos. De ahí el interés que por éstos tomaban los sacerdotes del mismo santuario, que tanto simpatizaban con el vigoroso y progresivo Jacob cuanto lamentaban en Esaú-Edom el perdido derecho á la primogenitura. Tambien la union de Abraham con tribus árabes puede haber tenido un origen semejante.

Aun despues de fijadas por medio de la escritura tales leyendas, continuó á su lado la formacion oral de otras, influidas en diversos conceptos por aquellas é influyendo á su vez sobre las primeras. De mayor importancia que esto,

(1) Véanse mis observaciones con este motivo en la *Revista de la ciencia del Antiguo Testamento*, 1881, págs. 347 y siguientes.

era, sin embargo, que las leyendas de interés general no solo fueran relatadas verbalmente y por escrito en un mismo lugar sino que en otros eran expresadas en diversas y diferentes formas. Un mismo hecho nacional podia expresarse de distintos modos en la forma convencional de la apreciacion histórico-genealógica. Mas adelante veremos que Lia, la mujer de Jacob, y Leví, hijo de éste, representan exactamente lo mismo. Una forma de la leyenda, la que presentaba á Lia como mujer de Jacob, no sabe nada de Leví, hijo de éste, y la otra, que habla de Leví, no conoce á Lia. Por la union de ambas formas se ha venido á parar en que estas equivalencias se usan como valores diversos. Si en la leyenda de los patriarcas domina ahora tan general conformidad, si en todas partes Isaac es hijo de Abraham y padre de Jacob; si al último se le atribuyen constantemente 12 hijos, no es porque la leyenda haya sido transmitida así desde los tiempos mas oscuros, ó quizás, segun hay todavia quienes se lo representen de este modo infantil, porque aquí se refiera como circunstancias históricas la historia real de una familia, sino porque la conformidad se ha elaborado sola y paulatinamente por medio de concordancias entre distintas formas de exposicion. Influyendo los libros de leyendas en la tradicion oral, ésta en la transmision de aquellos y los libros unos en otros, se realizó gradualmente, en la forma que se demostrará mas adelante y á consecuencia de determinados estados políticos, una gran concordancia respecto de la amazon de la leyenda. En otras palabras: hasta las mas antiguas leyendas que han sido conservadas representan con seguridad un remate relativo de la formacion legendaria, remate que, como nos proponemos demostrar luego, solo se verificó despues de la division del reino de Israel. No se puede insistir lo bastante en que aunque no han llegado hasta nosotros los mas antiguos de estos libros sacerdotales de leyendas, los que poseemos dan testimonio evidente de que, como final de un largo desenvolvimiento, representan lo mas selecto que en este género de descripcion histórica se produjo en aquellos tiempos.

Por lo que hemos venido observando hasta aquí se ve que las colecciones de cantares y los libros de leyendas escritos en glorificacion de los antiguos santuarios precedieron inmediatamente á la narracion histórica hebrea. Las colecciones de cantares son por su contenido documentos de carácter eminentemente histórico, pero de forma completamente opuesta á la de la descripcion histórica, mientras que los libros de leyendas revisten de una forma histórica la materia legendaria que contienen; pero de estos dos elementos solos no hubiera podido nacer un verdadero relato histórico.

El verdadero impulso para la formacion de la narracion histórica nació de las hazañas y aun mas de los grandes personajes de la época de los reyes. El interés que todo el pueblo tomaba por ellos, dió vida al deseo de saber exactamente qué hechos de guerra habian ejecutado, cómo habian vivido, cómo habian amado y cómo habian odiado. Solo entonces se comenzó á dar valor á la exactitud de la transmision; los hechos se relataban de diversas maneras: por ejemplo, los de David se referian de un modo en Benjamin y de otro en Judá; entonces el hombre que de ciencia propia, ó por haberlo oido de testigos oculares, ó por cualquiera otro medio de segura transmision, podia narrar la vida y hechos de aquellos héroes, era una persona notable y considerada. Así se elaboraron entonces, y, por cierto, primeramente en la capital, memorias y libros históricos sobre determinados reyes y sus hechos.

A fomentar los comienzos de una narracion histórica vino la organizacion política del Estado israelita. Un gobierno regular, que se mueve progresivamente dentro de las formas

tradicionales de la política interior y exterior, no puede dejar de consignar con exactitud los varios acontecimientos que ocurren, del mismo modo que el administrador de una casa no puede prescindir de anotar las cantidades cobradas y pagadas. En nuestro Estado moderno se anotan los hechos directamente por medio de la escritura en los archivos; y cuando una parte de ellos se desenvuelve oralmente, como sucede en las asambleas y en los tribunales, se ha cuidado también de que se conserven por escrito en debida forma. En el antiguo Estado oriental, donde dominaban en su más alto grado los principios del procedimiento oral, porque en aquellos tiempos solo unos pocos sabían escribir, debía ponerse mucho más cuidado al hacer las anotaciones. Pero esto se hizo en forma muy rudimentaria: se nombró un empleado especial llamado *maskir*, esto es, «el que trae a la memoria», el cual tenía el encargo de anotar por escrito los varios sucesos que ocurrían en el reinado del príncipe.

De estas anotaciones procedían anales de carácter oficial llamados *dibre hajjamim*, sobre el reinado de diferentes reyes, que a su vez fueron frecuentemente extractados y reformados por simples particulares. Estas obras, procedentes de datos oficiales, se conocen con el título de *Sepher dibre hajjamim*, esto es, «Libro de los anales», y se redactaron lo mismo en Israel que en Judá; pero parece que solamente de los judaitas han llegado hasta nosotros documentos más extensos.

También en el desarrollo de esta nueva faz de la narración histórica hebrea debieron de tomar parte muy principal las familias sacerdotales del país, no solo porque les atribuyamos, como es natural, mayor conocimiento de la escritura que a los guerreros y cortesanos, sino porque ante todo la sede del rey era también la sede del culto; y cuanto más famoso era un rey, tanto más brillante era el culto de su santuario. De ahí que los intereses de las familias reales y los de sus santuarios estuviesen íntimamente ligados. La historia de Jerubbaal y su familia es al propio tiempo la de los santuarios de Ofra y Siquem; la de la casa de David, la de los santuarios del Sion, y la de la casa de Jeroboam, la de Dan y Bet-el. Relatos como los que tenemos en el Libro de los Jueces sobre Jerubbaal y Abimelech, proceden de sacerdotes. Ya veremos más adelante cómo descuellan el interés por el santuario en las partes judaitas del Libro de los Reyes.

De todos estos tres componentes, cantos, libros de leyendas y libros históricos derivados de noticias oficiales, se encuentran restos más o menos extensos en los libros históricos contenidos en el Antiguo Testamento; pero no fueron solamente aquellos los componentes de estos últimos. Una vez que se ha formado ya una prosa narrativa, encuentran también su expresión manuscrita otras composiciones además de los cantos, las leyendas sagradas y las hazañas de los reyes. Narraciones populares sobre determinados reyes, leyendas de profetas y la codificación de usos y preceptos legales forman otros tres componentes, de importancia diversa, de los libros históricos que se han conservado. Ya trataremos este punto más especialmente.

Tanto por estas observaciones como por lo explicado en las páginas anteriores, se demuestra que para el historiador no se trata en manera alguna de las Escrituras que actualmente se encuentran en el Antiguo Testamento, ni de sus capítulos y versículos, sino únicamente de los escritos originarios más antiguos y de diversa procedencia que en las mismas Escrituras se contienen. El primer versículo de un capítulo por ejemplo, puede constituir un testimonio histórico de cierto suceso, mientras que el siguiente que trata de lo mismo, no tiene igual valor por proceder de otra pluma y haber sido escrito en época muy distinta.

Pero nuestra misión es ante todo descomponer en sus di-

versos elementos, uno por uno, los libros históricos del Antiguo Testamento que contienen material originario referente al período de que tratemos, pues solo con esos componentes tendremos que habérmolas en el curso de esta descripción histórica. Si discutimos minuciosamente, al propio tiempo, aquellos de que en definitiva sacaremos materia para nuestra exposición de las fases religiosas, de las costumbres y de los usos de los antiguos israelitas, no solamente habremos conseguido sólido asiento para las partes religioso-históricas de este libro, sino que esperamos haber alcanzado también algo más. El lector atento sacará de semejante discusión la prueba plena de que tenemos razón en comenzar la narración histórica por los movimientos que condujeron a la monarquía y de que no hacemos más que conformarnos con los hechos cuando pretendemos que el pueblo de Israel no posee género alguno de recuerdos históricos seguros y comprensibles más allá de la época de su establecimiento en la tierra occidental del Jordán. En los dos nombres de Moisés y Sinaí se concentra todo lo que resta todavía de recuerdos sobre aquella época primitiva. Todo cuanto se cuenta más allá de estos nombres está absolutamente retrotraído y no es más que leyenda acomodada y reconstruida para el presente.

1. El Thora ó los cinco libros de Moisés.

El Thora, llamado también con el nombre griego que se le dio en Alejandría, el Pentateuco, esto es, el libro dividido en cinco partes (1), fué compuesto con escritos originarios (2)

(1) Se conocen con los nombres, también originados en Alejandría, de Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio, y así se designan siempre en el Pentateuco y no como libros 1.º-5.º de Moisés.

(2) No deben confundirse estos escritos originarios con los libros en que se encuentra ahora dividido el Pentateuco. Esta división se hizo solamente después de la terminación de la totalidad. Los escritos originarios han penetrado en todos estos libros. El descubrimiento de la procedencia del Pentateuco es uno de los más brillantes triunfos de la agudeza humana. En esto como en todo la duda fué la madre de la verdad, y como tantas otras veces, también aquí la ciencia recibió la más vigorosa y persistente iniciativa de los profanos. Ya encontramos dudas acerca del origen del Pentateuco en Andreas Masius († 1573), al que replica el menos independiente Jaques Bonfrère († 1643); en Hobbes en el *Leviathan* (1651); en la Peyrère, en el *Systema theologicum et praedavitarum hypothesi* († 1655). Muy adelantado a su tiempo se muestra también en el juicio de esta cuestión Baruch Espinosa, negando en el *Tractatus theologico-politicus* el origen de Moisés y procurando demostrar la formación gradual del Pentateuco y la participación que en ello tuvo Esdras. Espinosa estaba incitado por las dudas que rabinos como Aben Ezra († 1167) habían ya manifestado muy cautelosamente. Sin embargo, con tales dudas no se resolvía el problema; tratábase de encontrar indicios seguros, que permitieran diferenciar entre sí las supuestas partes distintas. De haberlo realizado es el mérito inmortal del médico de cámara de Luis XIV, Jean Astruc (1684, † 1764): *Conjectures sur les memoires originaux, dont il parait que Moysé s'est servi pour composer le livre de Genèse*. Bruselas, 1753). Partiendo de principios apologeticos y procurando explicar los muchos relatos dobles y contradictorios, no se contentó, como R. Simon, con el expediente de que Moisés había compuesto sus narraciones sacándolas de diferentes Escrituras más antiguas, sino que se esfuerza también por desentrañar estas varias fuentes. Hace el descubrimiento de que determinados trozos evitan el nombre de Dios, *Jahwe*, y en su lugar dicen constantemente *Elohim*. De esto deduce que Moisés aprovechó principalmente dos *memoires*, un *Jahwe memoire* y un *Elohim-memoire*. El siguiente ensayo que se hizo para la solución de este punto fué el de Karl David Ilgen (siendo rector de Schulpforta † 1834, *Escritos originarios del archivo del Templo de Jerusalem en su forma primitiva*, un tomo, 1798). Este descubrió no solo una sino dos fuentes en el Génesis que evitaban el nombre de *Jahwe* y decían *Elohim* en su lugar. Hay, pues, que diferenciar además del *Jahwista*, un primero y un segundo *Elohista*. Este descubrimiento no prosperó después. Partiendo de la necesidad de explicar ajustado a un plan el progreso que se manifestaba en el estudio del Génesis, supuso F. Bleek, a quien se unieron F. Tuch, J. J. Stähelin y F. Delitzsch, que la narración tenía por base ó fundamento el libro del *Elohista*,—al que por lo mismo se llama el escrito fundamental,—y que éste fué am-

de caracteres muy diversos. En él se encuentran dos escrituras sobre las antiguas leyendas del pueblo, redactadas para glorificar la adoración popular de Dios, dos libros de leyes y por último otro libro que se compone de estos dos elementos. Debe el Pentateuco el nombre de Thora a aquella parte del llamado libro 5.º de Moisés que procede del libro de las leyes encontrado en tiempo de Josías, 621 años antes de Cristo. Y aun no se llamaba así este último libro, pues en el tiempo en que fué descubierto se usaba todavía la palabra *thora* en su primitivo significado de la enseñanza oral de los profetas, videntes y sacerdotes. Pero en el tiempo del cautiverio se acostumbra a designar este libro de leyes con el nombre de *Sepher torat Mosche*, esto es, «El libro de la enseñanza de Moisés», ó simplemente *hattora*, «la enseñanza». Desde entonces fué pasando esta denominación a todo el libro en que tuvo cabida aquel. La expresión «los cinco libros de Moisés» se encuentra por primera vez en el escrito de Flavio Josefo *contra Apionem*, 1, 8.

Ahora bien, en el *Thora* tenemos que distinguir unas de otras las siguientes escrituras originarias y redacciones:

1.) El libro más antiguo que se puede distinguir es el histórico del *Jahwista* ó narrador judaita. Es en general uno de los más antiguos narradores de historia, y entre los pentatéticos, además de el más antiguo, también el mejor. Su exposición es fresca y viva, lo relatado está delineado con rasgos muy marcados, de modo que resalta a la vista en for-

plado por el *Jahwista*. A este último se le ha dado el nombre de «ampliador», y a toda la hipótesis de «hipótesis de la ampliación». Sin embargo, ésta queda destruida por la circunstancia de que sobre el mismo suceso se encuentran dos y hasta tres relatos que se contradicen. Los atribuidos al ampliador manifiestan marcadamente un plan propio completamente independiente del que se vé en el libro del *Elohista*. H. Hupfeld († 1866, *Las fuentes del Génesis explicadas*. Berlin, 1853) tiene el mérito de haber vuelto a poner a la crítica en el verdadero camino, en muchos puntos de cuyo trabajo es cierto que le habían precedido P. W. Gramberg y H. Ewald. Hupfeld demuestra que el llamado escrito fundamental de la hipótesis de la ampliación no es obra que tiene uniformidad; de ésta hay que descartar ante todo y por completo el primer *Elohista*, separando todo el texto que erróneamente le había sido atribuido. Lo separado y las ampliaciones de la hipótesis del mismo nombre, hay que repartirlo entre el *Elohista* de Ilgen y el *Jehowista* ó *Jahwista* de aquella, el cual no es ampliador en modo alguno. Mas bien puede deducirse de estos escritos que un redactor ha amalgamado las fuentes que ha considerado igualmente exactas, equivocándose por lo que hace a las contradicciones ó interpretándolas a su manera, como suele hacerse todavía hoy en estos casos por los menos eruditos. Las investigaciones de Hupfeld fueron continuadas por E. Böhmer, A. Knobel, E. Schrader, F. Kamphausen, T. Noldeke, E. Richm y A. Dillmann; pero las más fructíferas que se han hecho en la crítica del Pentateuco se deben a K. H. Graf († en Meissen 1869: «Los libros históricos del Antiguo Testamento.» Leipzig, 1866). Antes de Graf la investigación había obrado parcialmente, dirigida toda al solo libro del Génesis. Graf por el contrario, parte de una investigación de los libros de las leyes; de este modo gana ésta más ancha base y mayor seguridad. Tenemos en las demás Escrituras del Antiguo Testamento, como fácilmente se comprende, muchos más puntos de apoyo para el juicio de las leyes pentatéticas que en los relatos pentatéticos. Como Hupfeld, también había tenido Graf predecesores en algunos detalles del método empleado por él y de los resultados obtenidos después: W. M. L. de Wette, J. F. L. George, W. Walke y E. Reuss. Los resultados obtenidos por Graf tuvieron al principio poca aceptación. A. A. Kuenen (profesor en Leiden) y J. Wellhausen (profesor de Greifswald, *La composición del Hekateuco*, en los *Anuarios de la Teología alemana*, 1876, tomo 21, páginas 342 y siguientes, 521 y siguientes, 1877, tomo 22, págs. 406 y siguientes; *Historia de Israel*, tomo I, Berlin, 1878) debemos que hayan sido puestos en evidencia, en forma esencialmente más completa. Sobre la historia de la crítica del Pentateuco, véase también F. Tuch: «Comentario sobre el Génesis,» segunda edición, corregida por A. Arnold con un apéndice de A. Merx: Halle, 1871, págs. LXXVIII. Bleek: *Introducción al Antiguo Testamento*, págs. 152 y siguientes. E. Reuss: *L'Histoire Sainte et la Loi*, Paris, 1879. A. Kayser: *Estado actual de la cuestión del Pentateuco*, en los *Anuarios de la Teología protestante*, año 1881, págs. 326 y siguientes, 520 y siguientes.

ma plástica. En su método de exposición no hay nada de erudito, ni de amanerado, ni de artificioso; es natural y característicamente popular, en el mejor sentido de la palabra (1). Su tendencia se eleva hasta la glorificación del culto divino israelita antiguo y anterior a los profetas. Refiere el origen de los santuarios en el país, que están ligados a las apariciones de Dios a los patriarcas durante su permanencia en él, antes de la emigración a Egipto. El *Jahwista* tiene de la divinidad las más candidas y primitivas nociones. Está relacionada en todas partes y en todos tiempos con las cosas terrenales en forma visible para el hombre; se aparece a éste frecuentemente como ángel de Dios, y en ideas y pensamientos se acerca mucho al hombre. La fraseología del *Jahwista*, marcadamente antropomórfica, nos es ya conocida (2). Dios visita en su casa a Abraham y come con él; se traslada a Sodoma para convencerse por sí mismo de la realidad de los rumores que han llegado a sus oídos acerca de la maldad de sus habitantes; está indeciso si se confiará ó no a Abraham, y se decide por lo último, porque Abraham ha de ser el tronco de un gran pueblo; encuentra a Moisés de noche en la posada, le enseña desde el monte Pisga la tierra prometida, y le entierra después en el valle. La primera parte de la narración del *Jahwista* se halla en el Gén., 2, 4, y siguientes. El último trozo de mayor extensión es, Núm., 23, la bendición de Bileam, y en general su última huella se encuentra en el Dt., 34, en la relación de la muerte y sepultura de Moisés (3). Es, con todo, probable que su libro contuviese también al principio la conquista de la Tierra Santa (4). Ya se ve por lo dicho que la obra del *Jahwista* no contiene noticias históricas propiamente dichas, pero es el espejo más fiel de las costumbres, de los usos y de las nociones religiosas de su tiempo, y, como tal, de valor inapreciable. Debíó de ser redactada por los años 850-800. No es en absoluto la obra más antigua de su clase; debieron de precederle ensayos de la misma índole, pero aprovechó seguramente fuentes más antiguas, como se desprende de los antiguos cantos que contiene (5). Designaremos a este narrador con la abreviatura *J*.

2.) Mucho más moderno es el segundo narrador pentatético, el *efraimita*, ó, como se le llama frecuentemente desde el tiempo de Ilgen, el *segundo Elohista* (6). En éste ya se percibe el principio de la transformación teológica del antiguo material de las leyendas (7). De él proviene nuestra ley de los diez mandamientos (el Decálogo). Este, como muchos otros puntos, demuestra que ya está animado por el movimiento profético (8) que entonces empezaba. Sobre todo, anuncian su reciente fecha más marcadamente sus manifestaciones religiosas. Dios no se aparece ya en todo tiempo y en todas partes, como en los escritos de su antecesor, sino de noche y en sueños. Además del ángel de Dios, conoce ya a los ángeles, en plural, como mediadores entre Dios y los hombres. Es especulación teológica lo de que los patriarcas

(1) Como muestra de estilo sirva: Gén. 25, 34: «Y Jacob dió a Esaú un pan y el guisado de lentejas; él comió y bebió, y se levantó y fué; y así menospreció Esaú la primogenitura.»

(2) Véase la colección de expresiones en A. Dillmann: «El Génesis,» páginas 46 y siguientes.

(3) Wellhausen, en los *Anuarios de la filosofía alemana*, tomo XXI, página 585.

(4) Meyer: *Crítica y noticias sobre la conquista de Palestina*, en la *Revista de la ciencia del Antiguo Testamento*, 1881, págs. 153 y siguientes.

(5) Así como la bendición de Jacob, Gén., 49.

(6) Los que usan otra denominación para el primer *Elohista*, le llaman sencillamente *el Elohista*.

(7) Véase la transformación del mojon erigido por Jacob en Bet-el en piedra conmemorativa.

(8) Aludimos aquí a los profetas escritores.